




Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. V - Nº 55 Noviembre de 2022

*Reino de Cristo en las almas
conformes al Inmaculado
Corazón de María*

Minucia didáctica de la Providencia

Tiago Pereira Farias (CC3.0)



El tucán es de por sí un pájaro completamente ridículo. Se diría que tuvo una enfermedad en el pico, que le hizo adquirir este tamaño. Ahora bien, me impresioné cuando me contaron que, reluciendo al sol, el pico del tucán queda lindísimo. Además se sabe que ciertas plumas de esta ave son muy bonitas.

¿Por qué Dios coloca un aspecto sublime en una cosa tan grotesca como el pico del tucán? Se trata de la enternecedora minucia didáctica de la Providencia. No se alcanza lo sublime en esta Tierra solamente imaginando, sino también observando. Sin embargo, como la tierra es un lugar de exilio, lo que hay de sublime viene de manera fugitiva y exigiendo de nuestra atención un gran esfuerzo, una enorme capacidad de distinguir, y puede, por lo tanto, relucir incluso en algo ridículo. Así se ejercita nuestro espíritu selectivo y nos recuerda que estamos en una tierra de exilio.

(Extraído de conferencia del 4/05/1978)

Sumario

Vol. V - No. 55 Noviembre de 2022



En la portada,
Cristo Rey – Iglesia de
la Santísima Trinidad,
Cracovia, Polonia

Foto: Gabriel K.

Las materias extraídas de
exposiciones verbales del Dr. Plinio
— designadas como “conferencias” —
son adaptadas al lenguaje escrito,
sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

- 4 *Cielo maravilloso cuyo Astro central
es el Inmaculado Corazón de María*



PIEDAD PLINIANA

- 5 *“¡Llegué, al fin,
a mi Patria!”*



DOÑA LUCILIA

- 6 *Consonancias profundas
en torno de un unum*



PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

- 10 *Emperatriz muy querida
por el pueblo brasileño*



REFLEXIONES TEOLÓGICAS

- 15 *Maravillas de la corte celestial*



DENUNCIA PROFÉTICA

- 20 *No tratemos a los lobos
como ovejas perdidas*



SANTORAL

- 24 *Santos de Noviembre*



HAGIOGRAFÍA

- 26 *Cantó con Nuestra Señora
y los Ángeles*



APÓSTOL DEL PULCHRUM

- 30 *Contrarios armónicos en la
arquitectura oriental*

ÚLTIMA PÁGINA

- 36 *Océano de gracias*

Cielo maravilloso cuyo Astro central es el Inmaculado Corazón de María

Al respecto de la Fiesta de Cristo Rey, hay que tener en cuenta que este Reinado se basa en tres títulos, cada uno de los cuales marca esta realeza con una cualidad especial. Primero, Nuestro Señor Jesucristo es Rey porque es Dios; en segundo lugar, se encarnó y, como Dios-Hombre, es la Cabeza natural de toda la humanidad; finalmente, porque es nuestro Redentor quien, muriendo en la Cruz, conquistó para nosotros la salvación eterna, lo que le da pleno derecho sobre nosotros, haciéndolo, en verdad, nuestro Rey.

Sin embargo, el Reino de Nuestro Señor Jesucristo se establece sobre personas y no sobre territorios. Es un reino de almas donde cada familia, nación, orden religiosa, constituye una provincia. En la armonía de todos estos grupos humanos y familias de almas, así como de individuos, encontramos la realidad y la belleza del Reinado de Cristo.

Nuestro Señor Jesucristo, como Rey, defiende a cada alma del ataque del adversario con un amor, un conocimiento del valor de esa alma y de lo que significa para la unidad de su Reino mucho mayor que el Rey de Francia, por ejemplo, defendería Auvernia, Lorena o Alsacia.

Se trata de un valor de carácter moral y espiritual, y esto nos lleva a considerar que cada vez que Cristo Rey pierde o ve mermado el ejercicio efectivo de su realeza sobre un alma, tiene una tristeza semejante a la del rey que pierde una de sus provincias y, junto a ella, todo un orden de belleza ideal.

Pero también, cada vez que un alma vuelve a Él, es un regreso con todas las alegrías de esa restitución.

Estas alegrías y tristezas repercutieron en Él en su vida terrena y deben ser objeto de nuestra consideración en la fiesta de Cristo Rey haciéndonos la siguiente pregunta: ¿Se está realizando en nosotros el Reino de Nuestro Señor Jesucristo como desea el Divino Redentor?

Por muy desfigurada y enlodada que se encuentre en nuestros días, la Santa Iglesia Católica es un jardín donde las flores brotan continuamente para Nuestro Señor. Quizás sólo en el día del Juicio podremos saber cuántos santos florecen, aislados y odiados, aquí, allá y más allá, en la ignorancia y el abandono, dando a Dios una gloria completa y magnífica.

Todo esto, en conjunto, constituye el Reinado de Nuestro Señor sobre los hombres; realeza aún incompleta, pero marchando a ser completa y, por eso mismo, motivo continuo de gozo para Él.

Pidamos, pues, a Cristo Rey, por medio de su Santísima Madre, que nos haga comprender todos los esplendores de la Iglesia Católica y del Reino de Nuestro Señor Jesucristo sobre aquellas almas que le son fieles, que, a la manera de un cielo maravilloso, tienen como estrella central al Inmaculado Corazón de María. Estrella más preciosa no puede haber. Entonces comprenderemos cuántas gracias hemos recibido y cuántas razones tenemos para esperar el perdón y la misericordia y para pedir muchos favores con plena confianza.*

* Cfr. Conferencias del 21/10/1964 y 29/10/1966.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Inmaculado Corazón de
María – Iglesia de San
Francisco, Puerto de
Santa María, España

Flávio Lourenço



*“¡Llegué, al fin,
a mi Patria!”*

Considerando mi género de alma, yo podría imaginar cómo sería el Cielo para mí, si hasta allá me conduce la misericordia de Nuestra Señora.

Vería a la Santísima Trinidad, a Nuestro Señor Jesucristo —Segunda Persona humanada— y después a Nuestra Señora en una altura prodigiosa, de tal manera superiores a mí que me sentiría como un grano de polvo en comparación con Ellos, pero encantado por sentirme así. No obstante, teniendo una perfección que no sería una contradicción, estando tan cerca de Ellos que considerara y amara todo exactamente como Ellos.

Entre Dios, María Santísima y yo habría una jerarquía esplendorosa y armónica de personas sucesivamente superiores, formando una verdadera corte con la participación de perfecciones armónicas que irían aumentando y a través de las cuales yo conocería mejor a Dios, por la disposición jerárquica y ordenada de todas las criaturas.

Yo estaría encantado y sintiéndome pequeño dentro de esa jerarquía, pero maravilladísimo, teniendo la impresión de que todo eso se reflejaría en mí.

Una atmósfera gravísima, serísima, majestuosísima y, al mismo tiempo —sin ninguna paradoja— afabilísima, llena de sonrisa y de condescendencia hacia mí. De manera que yo pudiese exclamar: “¡Llegué, al fin, a mi Patria!”

Esa idea no estaría completa sin la noción de una relación especial con Nuestra Señora por la cual, incluso siendo un grano de polvo, yo me encontrase tan junto de Ella que, si no fuese demasiada audacia de mi parte, desearía estar en su Inmaculado Corazón. Ese sería el Cielo para mí.

(Extraído de conferencia del 11/5/1974)



Consonancias profundas en torno de un unum

El Dr. Plinio adquirió la idea de cuál es el punto de equilibrio de la mente humana a partir del cual todos los movimientos son equilibrados, analizando el alma de Doña Lucilia, que era eminentemente estable, tranquila, serena, comprensiva, cargada de bendiciones, y al mismo tiempo firme, dispuesta a la lucha.

Un hijo abre sus ojos a la vida en el regazo materno y por eso el papel de la madre no lo tiene ni la más grande de todas las universidades: el de acondicionar dentro de su perspectiva una serie de nociones generales –con contenido metafísico y religioso, si bien que ella misma no sepa eso sino vagamente– que se proyectarán después sobre toda la vida del hijo.

Círculo perfecto

Después que el hijo hubo recibido de su madre estas influencias –que naturalmente lo preparan con avidez para acoger a la Iglesia Católica– al llegar al final de su vida, se da cuenta de que confiere con lo que había recibido al comienzo.

Por eso Santo Tomás de Aquino dice que el movimiento perfecto es el

círculo. El regreso al punto de partida es la perfección y la excelencia del movimiento, y en esa relación entre madre e hijo se verifica eso también.

Puesto el asunto como debe ser en tesis entre hijo y madre, puedo aplicarlo en lo que decía respecto a mi madre conmigo.

Si bien es verdad que en parte se debía a un movimiento de la gracia en mi alma de bautizado, que yo tenía

hacia una serie de cosas en el orden de la inocencia, en la relación entre madre e hijo estaría lejos de ser verdad decir que el único bautizado era yo. Ella también era bautizada y me transmitía lo que había en su alma de madre católica, receptiva ella misma a esas cosas orientadas a la inocencia a lo largo de la vida, y viendo eso en las generaciones que la antecedieron.

Así, yo encontraba consonancias tan profundas entre lo que hoy percibo, que era la gracia, que no venía de mi madre, y la que yo recibía por medio de ella, que diríamos que se trataba de dos instrumentos que tocaban la misma música y se encontraban perfecta y enteramente.

Se puede decir que, ora la gracia producía en mí la apetencia por cosas que mi madre me daría, ora mi madre –o sea, la gracia por medio de ella– me hacía desear aquello que la propia gracia me concedería. Eso formaba un círculo, un solo circuito.

El unum del cual parten todas las virtudes

Por ejemplo, la idea de que el punto de equilibrio de la mente humana a partir del cual todos los movimientos son equilibrados y fuera del cual todo es desequilibrio, donde impera una gravedad seria, vuelta hacia lo eterno y hacia lo combativo, pero también hacia lo afable y lo ameno, me vino mucho de conocer el punto de partida del alma de Doña Lucilia, que era eminentemente así: estable, tranquila, serena, comprensiva, cargada de bendiciones, pero al mismo tiempo firme, dispuesta a la lucha; a tal punto que nadie, a lo largo de noventa y dos años de existencia, la hizo salir del camino que había trazado para sí misma.

Todo esto forma un *unum* que, teóricamente, se puede descomponer en varias luces, en varios coloridos, conceptos o virtudes distintas. Sería más o menos como coger un lindo vaso de

crystal y dejar que incida en él una luz intensa de un día claro. Veo eso como un *unum*, es una luz de crystal, blanca. Sé que allí están todos los colores del arcoíris, pero no voy a estar escarbando este o aquel color para procurar vislumbres de las tonalidades del

arcoíris. Ni siquiera sería capaz de hacer eso a simple vista; eso exigiría un prisma, una adaptación. Lo que yo veo es una luz de crystal.

Así también, en un alma equilibrada dotada de muchas virtudes que se complementan, no nos que-



Archivo Revista



damos escudriñando para distinguir ésta de aquella, ni siquiera pensamos tanto en virtudes, sino en el todo llamado virtud. Eso era eminentemente lo que yo notaba en mi madre.

La síntesis y el equilibrio de las virtudes

Un hombre está equilibrado cuando, por ejemplo, consigue mantenerse en pie. En un hombre tendiente al desequilibrio, cualquier movimiento que él haga puede llevar al desequilibrio. Los movimientos que serían normales en un hombre equilibrado, en un hombre irreflexivo son desequilibrados, porque el punto de partida está equivocado, entonces se cae al suelo.

De la misma forma, en la vida hay varias aptitudes que si las examinamos separadamente, consideramos equilibradas, pero cuando vamos a ver, el sujeto se cae al suelo. ¿Por qué? Porque el punto de partida fue desequilibrado. Faltó aquella síntesis estable y central de la virtud a partir de la cual se mueven las virtudes.

Yo aprendí a amar ese punto estable de una forma eminente en mi madre, tomando desde luego el gusto del equilibrio y el mal sabor de lo opuesto. A propósito, esa postura me defendió de lo que me podía parecer monótono en el equilibrio. Hay mucha gente hoy en día que considera esa posición monótona; prácticamente todo el mundo. Sin embargo, yo no lo considero así; por el contrario, es la delicia de mi vida. Es la posición de equilibrio a partir de la cual moverse y, más aún, luchar sobre todo al servicio de Nuestra Señora, es una alegría. Pero es a partir de un punto central que

nunca cambia. Yo aprendí eminentemente de ella ese punto. ¿Cómo?

Aprendizaje hecho a través de una mirada, de una caricia

Era una mirada, una inflexión de voz, una caricia, en fin, estar juntos. Por ejemplo, cuando Doña Lucilia me mostraba las historietas de Bécassine, y yo me sentaba cerca de ella.

Me acuerdo en una estación de aguas termales en São Paulo, cerca del

límite con Minas Gerais, llamada Prata. Nosotros íbamos mucho a Águas da Prata porque esas aguas eran apropiadas para personas que sufrían del hígado y a ella le hacían bien.

Cierta vez tuve una de esas enfermedades que le da a los niños, estando en Águas da Prata. Según los criterios médicos de aquel tiempo, al primer síntoma, la primera providencia era poner en posición horizontal al enfermo. Por lo tanto, con el vivo desagrado propio a un niño, la prescripción era ir a la cama. Y en ese punto mi madre era intransigente: “¡El doctor lo mandó, a la cama!”

Sin embargo –y ahí estaba Doña Lucilia por entero–, ella me mandaba acostar y después iba a hacerme compañía. Entonces se sentaba al pie de la cama o ponía una silla al lado y comenzaba a leer Bécassine, por ejemplo. Yo entendía francés, por lo tanto, ella no me traducía, pero iba comentando y oyendo mis comentarios con respecto a los hechos, personajes, dibujos, etc.

Otra cosa de la cual me acuerdo con unas saudades enormes: ¡Sus manos! No eran largas, con dedos largos y afilados, pero estaban muy bien hechas. Las articulaciones de los dedos eran muy proporcionadas y graciosas. Eran manos muy blancas, y la piel simbolizaba, por así decir, el contacto con su temperamento: era de satén...

Mi madre tenía un modo de mover la mano por el cual los dedos se movían lentamente. Por ejemplo, ella decía: “*Filhão!*”, pasemos entonces a la otra página.” Y hojeaba el libro con tanta dignidad, estabilidad, belleza y elegancia, que yo, al verla pasar la página, me quedaba prestando atención en la mano y pensaba: “¡Qué alma! ¡Qué corazón!”



...y de una inflexión de voz

El tono de voz, la afabilidad también. Todavía en Águas da Prata, me acuerdo de que, como parte del tratamiento, era necesario el reposo. Terminado el almuerzo iba a hacer siesta.

En determinado momento, a mi hermana y a mí nos dejaban entrar en su cuarto y la encontrábamos de bata, acostada pero despierta, calma, rezando, raras veces leyendo, o mirando hacia un punto indefinido y pensando, con esta particularidad: las venecianas siempre estaban cerradas y el cristal abierto.

Nosotros viajábamos allá en las vacaciones de mitad de año, cuando los días son muy claros en esa región de Brasil. De manera que entraba una luz abundante por las venecianas, cuyas rejillas quedaban muy oscuras en confrontación con los rayos que se filtraban por ellas, dejando el cuarto envuelto en una especie de penumbra con una luminosidad matizada.

Yo miraba aquello y pensaba: “Qué curioso, esa penumbra es tan deleitable, pero hay una analogía entre ella y entre cierta penumbra existente en el alma de mi madre, tan hecha de verdades y de recogimiento, que se diría que ella es para Dios una veneciana.”

No es necesario decir que yo llegaba hasta ella antes de la hora marcada. Al verme, en un gesto no sistemático, pero frecuente, abría las dos manos y exclamaba con afecto: “iFilhão!”, como quien dice: “Puedes acercarte, estoy despierta.” Yo entraba e inmediatamente le hacía agrados, que ella me retribuía. Después yo le decía cualquier cosa y salía pensando lo siguiente: “Qué lástima que las reglas y las convenciones me obliguen a salir, porque a mí me gustaría quedarme aquí sentado a su lado, ella callada y yo también. ¿Haciendo qué? Contemplando las dos penumbras...”

Aquí está una especie de ejercicio teórico-práctico de cómo Doña Lu-



Dr. Plinio, el 13 de mayo de 1980

cilia me ayudaba a ver el *unum* de su alma.

Cuando iba después a la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, que también tiene una penumbra especial, yo llegaba allá y decía: “Qué curioso, se parece a mi madre”. Y cuando estaba con mi madre, yo decía: “Qué curioso, se parece a la igle-

sia del Corazón de Jesús”, y formaba un solo todo. ❖

(Extraído de conferencia del 12/5/1980)

1) En portugués, apelativo afectuoso derivado de “hijo” (*filho*).



Brasiliana Iconográfica (CC3.0)

Teresa Cristina María de Borbón,
Emperatriz del Brasil, en 1861,
Pinacoteca del Estado de San Pablo

Emperatriz muy querida por el pueblo brasileño

Esposa de Don Pedro II, hija del Rey de las Dos Sicilias, la Emperatriz Teresa Cristina pertenecía a la Casa de Borbón y descendía, por lo tanto, de Luis XIV. El Emperador le causó muchos disgustos, haciendo que su vida fuese de grandes sufrimientos, que soportó con mucha dignidad. Tenía el aire de madre de todos los brasileños; muy bondadosa, condescendiente, afable, era verdaderamente querida por el pueblo.

Durante un gran período de la Historia de Occidente, que podríamos situar más o menos desde la caída de Napoleón en 1815 hasta 1835, se formó la idea de que la pureza era una virtud adecuada para la mujer, pero superflua y hasta contradictoria para el hombre, lo que es verdadero en relación a la mujer y enteramente falso en lo que respecta al hombre.

La Emperatriz Teresa Cristina, símbolo de la dama sufridora

Esa perniciosa concepción hacía que la mujer aguantase todo el peso de la situación dentro de casa y fuese en general una víctima de la infidelidad conyugal del marido, el cual en su vida de soltero ya era deshonesto.

Conocí a una señora de una buena familia antigua, a quien una vez la hija recién casada le dijo:

—¡Madre, imagínese qué horror! Desconfío que mi marido me está siendo infiel...

La señora, ya sexagenaria, afirmó con una voz pausada:

—Mire, no busque porque encuentra. Es mejor que haga como yo:

nunca buscar, por eso me sentí feliz con su padre.

Era un horror. Quien soportaba esa carga era siempre la buena señora de familia, siendo la sufridora de la casa, símbolo de la seriedad, de la virtud y de la Fe dentro del hogar. A causa de esto era venerada por los hijos como una especie de mártir y respetada por el marido, a pesar de que ese respeto fuese incoherente, porque si la respetase verdaderamente no cometería adulterio.

Hasta cierto punto eso caracterizaba incluso a las señoras de importantes familias ricas, que disponían de una prestigiosa situación social.

La Emperatriz Doña Teresa Cristina representaba el símbolo de la dama sufridora según el modelo de esos tiempos, pues, si bien Don Pedro II no fuese propiamente un marido mujeriego derrochador –como lo había sido Don Pedro I– tuvo sus infidelidades.

Perteneciente a la Casa de Borbón, ella descendía de Luis XIV, de quien uno de los descendientes fue Rey de España. De esa rama Borbón española se desprendió por sucesión hereditaria otra que pasó a reinar en las Dos Sicilias.

Ese reino existente en el sur de Italia recibió este nombre a causa de la isla de Sicilia, o sea, Sicilia insular, y el territorio continental correspondiente a la parte baja de la “bota italiana” que también se llamaba Sicilia, denominación oriunda del pueblo denominado sículos, un antiguo pueblo que habitaba allí. Así, la tierra de los sículos se llamaba Sicilia.

Matrimonio por procuración

Don Pedro II estaba buscando un matrimonio y mandó a un noble de su corte a hacer un viaje por Europa para escoger una princesa que correspondiese a las conveniencias políticas, antes que nada, pero también de dote, y genealógicas que suponía un matrimonio de ese cariz.

Como la técnica fotográfica aún no estaba suficientemente desarrollada, el enviado imperial salía con las instrucciones sobre cuál debía ser el tipo humano que debería tener la futura Emperatriz para satisfacer las aspiraciones legítimas del monarca; y cuando encontrara una princesa que correspondiese a esas aspiraciones, debería mandar pintar un retrato de ella y enviarlo por

valija diplomática para que el Emperador tuviera conocimiento y decidiera sobre el matrimonio.

Las negociaciones no fueron breves. El mandatario imperial estuvo rodando por las cortes europeas sin mucho éxito, lo que se comprende porque el recuerdo dejado por Don Pedro I como marido no era nada bueno; además, Brasil era el fin del mundo. Una princesa necesitaba tener coraje para venir a vivir aquí, casada por toda la vida con un Emperador cuya psicología y mentalidad desconocía.

Por fin, Don Pedro II recibió una miniatura linda que le agradó completamente, retratando a la Prince-



Princesa Teresa Cristina pintada por José Correia de Lima, c.1843. Este retrato le atrajo a Don Pedro II, llevándole a aceptar el matrimonio.

José Correia de Lima (CC3.0)

Eduardo de Martino (CC3.0)



Llegada de la Emperatriz Teresa Cristina en la fragata Constitución en 1843 - Museo Histórico Nacional, Rio de Janeiro



sa María Teresa de Borbón-Sicilia, y concordó en realizar el casamiento por poderes, que se celebró en Nápoles, bella capital de las Dos Sicilias.

Poco tiempo después, desembarcaba en Brasil Doña Teresa Cristina. Avisado con la necesaria antelación de la llegada del navío, Don Pedro II fue a recibirla a bordo. Según el protocolo, al encontrarse con el Emperador, la Princesa debería arrodillarse, y él a su vez, debía cogerla por la mano, y no permitir que se arrodillara, después besar sus manos, darle el brazo y descender a tierra, donde recibirían las manifestaciones populares.

El brasileño quiere ver en su Jefe de Estado principalmente a un padre

Sin embargo, cuando la vio aproximarse caminando con su séquito, desde el otro lado de la cubierta del navío, tuvo una sorpresa, porque reconoció que era la persona de la miniatura, pero no tenía ni de lejos la belleza ahí retratada. Además, era pronunciadamente coja. Don Pedro II quedó tan perturbado que se olvidó de impedir que la Princesa se arrodillara. Al final, se dio cuenta de que era un hecho consumado, la levantó, le dio el brazo y descendieron del navío.

Aquello constituyó un choque que colmó la existencia de Don Pedro II. Su vida matrimonial fue triste, nada que ver con aquella de la atmósfera romántica, un tanto estúpida, de aquel tiempo: de dos tortolitos que se encuentran y pasan la vida felices.

También en lo que se refiere a la prole, los esposos fueron desgraciados. Tuvieron cuatro hijos, dos niñas y dos niños, pero estos murieron en la infancia, quedando solamente las dos hijas. Ese velo de tristeza que cubrió su vida nupcial, Don Pedro II pareció sobrellevarlo con mucha dignidad durante toda su existencia.

La Emperatriz también padecía, y tenía todo el aspecto de una dama digna, sin ilusiones de adornarse y parecer bonita; era una señora de casa con una gran dignidad moral; una muy buena persona que hacía buena pareja con él a ojos del pueblo brasileño, porque Brasil quería ver en su monarca, por encima de todo, a un padre. En el espíritu del brasileño el concepto patriarcal de poder es muy anclado, muy fuerte y profundo. *Del Plata al Amazonas, del mar a las cordilleras*¹ lo que el brasileño quiere ver en su Jefe de Estado es principalmente un padre



Ferdinand Krumholz (CC3.0)

La Emperatriz Teresa Cristina y sus tres hijos: Isabel, Leopoldina y Pedro Alfonso, en 1849 – Museo Imperial, Petrópolis, Brasil

Don Pedro II se adaptó muy bien a esa función paterna. De hecho era un patriarca con su barba blanca. Doña Teresa Cristina tenía todo el aire de madre: muy bondadosa, condescendiente, afable; era verdaderamente querida por el pueblo brasileño.

Las personas cercanas a ellos se daban cuenta de ese desajuste, esa perturbación entre los dos, y eso la favorecía aún más a ella, porque sentían lástima y gustaban de ella de modo especial.

Don Pedro II era liberal con sus enemigos y despótico con sus amigos

Como los monarcas liberales estaban de moda en su tiempo, Don Pedro II era liberal y le daba a la oposición política mucha libertad. Pero no era esa su política en lo que se refiere a aquellos que eran los aliados naturales del trono. En efecto, él era liberal con sus enemigos y despótico con sus amigos.

Cito dos ejemplos concretos.



Matrimonio por poderes de la Emperatriz Teresa Cristina – Museo Imperial, Petrópolis, Brasil

Alejandro Ciccarelli (CC3.0)

Cuando era bien joven, hizo un viaje por Europa y estuvo con Pío IX, antes de éste ser hecho prisionero en el Vaticano por las tropas de Garibaldi. Habiendo sido recibido en audiencia por el Sumo Pontífice, en una visita extraoficial, Don Pedro II dijo:

— Yo, como jefe del Imperio católico de mayor extensión territorial del mundo, debo aconsejar a Vuestra Santidad a abrir las puertas de Roma y dejar que sea anexionada. Renuncie a su poder temporal.

Pío IX respondió:

— Mire, si quiere hablemos de otra cosa, pero de asuntos de la Iglesia quien entiende soy yo.

Más tarde, Don Pedro II volvió a Italia, esta vez en carácter oficial y ya casado con la Emperatriz Teresa Cristina. Los acontecimientos habían sucedido y el Piamonte, que era uno de los Estados en los que se dividía Italia, conquistó y anexionó toda la península itálica para formar un solo reino, llamado Reino de Italia, y había anexionado los Estados de los cuales el Papa era Rey. De manera que el Pontífice quedó en el Vaticano como prisionero.

El Reino de las Dos Sicilias también había sido anexionado y la familia de la Emperatriz Teresa Cristina tuvo que huir de Italia. Siendo, pues, un viaje oficial, Doña Teresa Cristina tendría que tomar contacto con la corte del rey usurpador del reino de su padre, participar de banquetes y bailes en la corte con los que habían arruinado a su propia familia.

Periódicos republicanos de Italia se regodearon a respecto de la Emperatriz

Sucedió algo aún peor. Durante la presencia de Don Pedro II en Italia, hubo la inauguración de la sesión legislativa y la apertura de los trabajos de la Cámara y del Senado, después de las vacaciones de fin de año. Esta era una ceremonia muy pomposa en

las monarquías, y en el Reino de Italia se hizo también con solemnidad.

El Emperador compareció a esa apertura y obligó a su esposa a acompañarlo, dando así apoyo político. La Emperatriz pasó todo el tiempo tratando de ocultar las lágrimas de compasión y de tristeza que corrían por su rostro, pensando en la situación de su padre.

Al día siguiente, los periódicos anticlericales de Italia, sabiendo que la Emperatriz era muy católica y viendo que ella representaba una causa opuesta a la suya, la maltrataron, burlándose por ser coja, hija de un rey destronado, por haber comparecido a esa sesión, no porque supiese perdonar las ofensas, sino por haber sido obligada por su marido. En fin, deleitándose en su desgracia. Don Pedro II fingió no notar nada.

Este hecho se comentó en Brasil porque los periódicos dieron voz a la tensa situación, lo que aumentó la compasión del pueblo por la Emperatriz.

Al marchar al exilio, después de la proclamación de la República en 1889, la Emperatriz Teresa Cristina fue rodeada de conmiseración y de respeto general, tanto más cuanto se notó cómo estaba ella profundamente triste con la desgracia del marido, y le perdonaba, y participaba enteramente de ese infortunio.

En mi ambiente doméstico la emperatriz era profundamente venerada. Inclusive y naturalmente por mi madre. En mi infancia, desde que pude conocer y comprender todos estos hechos, fui familiarizado por estas narraciones. No se hablaba de la infidelidad conyu-



Emperatriz Teresa Cristina hacia 1870 – Museo Imperial, Petrópolis, Brasil

Carneiro & Gaspar (CC3.0)



gal de Don Pedro, de la que mamá sólo vino a saber después, ya entrada en edad –antes ella juzgaba al Emperador como un modelo de fidelidad– pero sí hablaba en cuanto a otras actitudes censurables, como por ejemplo, su frialdad en relación con la Emperatriz.

Un baile en la Quinta da Boa Vista

Doña Lucilia me contó el siguiente hecho ocurrido en la visita que el Emperador hizo a Pirasununga. Don Pedro II bajó del tren y se dirigió a la casa de mi abuelo para recibir los homenajes propios. Después, fue a una finca, famosa por la jabuticabas que producía, y se puso a tomar esas frutas por las cuales tenía un entusiasmo único.

Mientras tanto, había dejado a la Emperatriz en el tren. Como tenía cierta dificultad de locomoción, no podía acompañarlo y se quedó en el vagón del tren. Al notar que Doña Teresa Cristina no había descendido, las señoras le preguntaron por ella al Emperador, quien respondió:

— ¡Ah! Se quedó en el vagón...

Entonces, algunas señoras, entre ellas mi abuela, fueron de prisa a hacer compañía y entretener a la Emperatriz. Ésta las recibió con mucha bondad, fingiendo no haber notado el desaire por lo sucedido.

Mi madre también solía contar otro episodio de la Emperatriz, el cual no pertenece a la Historia porque sólo circulaba en mi familia.

En un baile en la Quinta da Boa Vista, un bisabuelo mío, que era diputado, compareció y, pasando por una sala, notó que

la Emperatriz estaba con un número muy reducido de personas a su alrededor, mientras se danzaba en la sala contigua. Mi bisabuelo se aproximó a ella, le besó la mano y se saludaron, y la emperatriz le convidó a sentarse. Comenzada la conversación, las señoras que allí estaban se dirigieron al salón principal para también danzar, porque ya había una compañía para la Emperatriz.

Él dijo que la notaba muy triste y le preguntó el motivo. Esa es una típica relación brasileña entre una emperatriz y un súbdito. La Reina de Inglaterra no haría una confidencia como esa, pero en Brasil las cosas son así.

Doña Teresa Cristina se lamentó de su situación, por notar que, si

tuviese presente en el salón de baile, le impediría al Emperador danzar, porque tendría que quedarse a su lado todo el tiempo, pues, siendo ella coja, él no conseguiría bailar.

Mi bisabuelo le dijo a la Emperatriz que había analizado su modo de claudicar, y que tenía la impresión de que había un medio de que ella se equilibrara y bailara. Y añadió:

— Si Vuestra Majestad quiere, apóyese en mi brazo y vamos a tomar la posición de danza para ensayar un poco.

Ella acordó, ensayó con él algunas veces, y viendo que salía bien; dijo:

— ¿Qué tal si entramos en el salón danzando los dos?

Entraron, y el hecho causó sensación en la corte.

¿Eso se contaba en mi familia? ¿Habrá un poco de exageración, de leyenda en eso? No tengo certeza. Mi madre narraba lo que había oído. Pero mi bisabuelo murió dejando a los hijos muy pequeños. ¿Hasta qué punto hay fuentes seguras? No hay certeza.

Sin embargo, el hecho me parece perfectamente probable y muy gracioso, interesante: la pobre Emperatriz de salud enfermiza, claudicante, tener ese día de alegría al entrar danzando en la sala, dando una sorpresa al Emperador y a toda la corte, y causando sensación en los medios sociales de la pequeña Río de entonces. ❖

(Extraído de conferencia del 21/12/1985)



Emperatriz Teresa Cristina en 1861

1) Letra del Himno Nacional Brasileño



Coronación de María - Parroquia de San Jorge, Varna, Italia

Wolfgang Moroder (CC3.0)

Maravillas de la corte celestial

El cielo se puede comparar con una corte maravillosa, en la que todos los cortesanos, aunque desiguales, son príncipes que, al encontrarse, se reverencian mutuamente con todo amor. Esta convivencia le agrada a Dios y atrae de Él, durante toda la eternidad, galardones siempre nuevos.

Siempre tuve una impresión singular sobre el cielo. Por la fe, sabía que ese es el lugar de todas las delicias. Pero cuando me describían las delicias celestiales, tenía la impresión de que era algo delicioso para otros, no para mí, y que, si fuese al cielo, yo no lo sentiría tan delicioso como me lo describieron.

Ideas que desfiguran la imagen del cielo

Era un poco la idea mostrada en ciertas pinturas muy legítimas, pero que a fuerza de presentar un solo tipo de imagen, desfiguran un poco la noción del cielo. Por ejemplo, un cielo uniformemente azul, una nube blanca en forma de sofá más o me-

nos cómodo y un Ángel tocando el violín.

Entiendo que sea más agradable que este valle de lágrimas, pero si tuviera que pasarme la eternidad sentado sobre una nube blanca frente a un cielo azul, tocando un violín, confieso que no me sentiría atraído por ese tipo de cielo. Aunque no me aburra ni me enferme,



no siento que un paraíso así sea la patria de mi alma.

Otra noción que también me causaba cierta extrañeza al hablar del cielo era una especie de inmovilidad. Porque la Doctrina Católica nos enseña que en el paraíso el hombre no puede crecer en amor de Dios, y es la pura verdad. La persona conserva el grado de caridad con que murió, por toda la eternidad.

Hay una hermosa expresión de la Escritura: “Donde cae el árbol, allí se queda” (*Eclo 11,3*). Así también el hombre: permanece con el grado de amor de Dios en que muere. Si fallece sin el amor de Dios, sabemos para dónde va... y queda allí también por toda la eternidad, en el grado de maldad en que murió.

Otra noción que también me causaba cierta extrañeza cuando se hablaba del cielo era una especie de inmovilidad, donde se disfruta de toda la felicidad posible. Un lugar donde de todo y todos están eternamente quietos, inmóviles mirando a Dios. Ahora, en nuestra forma de ser está el movimiento, la comunicación. Es por eso que tenemos cierta dificultad para entender cuán atractivo puede ser un cielo todo estático.

Estas son algunas de las vivencias del paraíso que nos llevan a tener poca esperanza para los bienes ce-

lestiales y sentirnos, por lo tanto, poco atraídos hacia el cielo.

Sin embargo, las Escrituras dicen: “Meditad en tus novísimos, y no pecarás eternamente” (*Eclo 7,40*). Los novísimos son: muerte, Juicio, Cielo e infierno, es decir, las últimas cosas que nos van a suceder. Moriremos, seremos juzgados, iremos al cielo o al infierno. Por lo tanto, si no quiero pecar, debo meditar en estos cuatro puntos, uno de los cuales es el cielo. Pero al hacerlo me deparaba con estas y otras vivencias.

Así que comencé a hacer un trabajo de reflexión, de análisis, aprovechando extractos de los libros de santos que hablaban del cielo, para construir para mí una verdadera imagen del Paraíso Celestial, ver lo de acuerdo con la naturaleza humana, para que lo anhele más y pueda sentirme completamente bien en él.

El gozo de un alma en el paraíso puede crecer

Trato ahora más especialmente de lo que podría llamarse “inmovilidad en el cielo”. ¿Es verdad que la felicidad de un alma bienaventurada no puede aumentar en ningún grado? Y en sentido contrario, ¿es cierto que la desgracia de un alma en el infierno no se puede aumentar en nada? ¿En estos destinos eternos estará todo tan parado co-

mo imaginamos, o hay aumentos en la intensidad de la felicidad en el cielo y en las desgracias en el infierno?

Para tener una idea e ir construyendo mentalmente esa verdadera imagen del cielo o del infierno, tomo un dato indiscutible enseñado por la Doctrina Católica. Cuando alguien hace un determinado acto bueno o malo, y después de ser juzgado va al cielo o al infierno, de acuerdo como haya sido ese acto seguirá teniendo repercusiones en el transcurso de años, tal vez hasta el fin del mundo.

A medida que van pasando los siglos, desde lo alto del cielo estamos viendo el efecto de la buena acción que hicimos y recibiendo un aumento en la alegría por ello. Incluso si estamos contemplando a Dios cara a cara, inundados de felicidad, mirando en la tierra el efecto del bien que hayamos hecho, tenemos una felicidad aún mayor.

Especialmente si, debido a esa buena obra, otra persona salva su alma y sube al cielo también. Al verle llegar, tenemos un incremento en la alegría porque esa buena acción va alcanzado su punto máximo. Por toda la eternidad es una razón de mayor satisfacción mirar esa alma inundada de felicidad y pensar: “Aquel está aquí porque Nuestra Señora me usó para traerlo”. Además: aquel que recibió ese beneficio, pasando a mi la-

do, canta: “¡Yo te saludo y te agradezco! Te debo esta felicidad”. Se inclina ante el benefactor y lo homenaja, los dos se abrazan y recorren juntos las bellezas perfectas del paraíso.

Vemos así la felicidad que tiene un alma, la cual puede crecer al ir multiplicando con el tiempo, el efecto de la buena obra que practicó.

Pongo un ejemplo: un libro puede producir buenos efectos hasta el fin del mundo, porque va a las estanterías de las bibliotecas y, cuando menos se piensa, alguien lo lee y se beneficia de él. Así, si yo escribí un libro y alguien lo compró, pero no lo leyó, lo olvidó en una repisa de la familia, podría ser que un quinto nieto remoto lo encuentre en el ático de la casa, lo lea y se convierta. De esta manera, un libro puede hacer bien hasta el fin del mundo y mi alegría en la eternidad se acrecienta.

Felicidad esencial y felicidad accidental

Del mismo modo, muchos acontecimientos terrenales pueden aumentar nuestra felicidad celestial. Hay



Los precursores de Cristo con los santos y los mártires – Galería Nacional, Londres

Sampo Torgo (CCS.0)

una relación constante entre la tierra y el cielo, donde las alegrías celestiales se mueven de acuerdo con los movimientos de este mundo, y más o menos todo lo que hacemos aquí está teniendo su eco en gloria y alegría en el paraíso.

Podemos preguntarnos de qué naturaleza es este aumento del gozo celestial. Como nos enseña el Catecismo, en el cielo tenemos una felicidad

perfecta, tan completa como nuestra naturaleza es capaz. Entonces, ¿cómo puede haber un incremento de alegría? Es lo que se llama una alegría accidental. Imaginemos a una reina casada con un rey poderoso, muy bueno, junto al cual disfruta de toda la felicidad que su estado de reina le puede dar. El día de su cumpleaños, llega un grupo de campesinos a bailar frente a la ventana de su palacio y, por amor a ella, a hacerle un homenaje. Si los campesinos no vinieran, ella no dejaría de ser feliz, porque el rey es su felicidad. Pero la llegada de estos campesinos constituye un episodio accidental que hace que salga al balcón y asista complacida a esa manifestación de cariño. Después la soberana manda que les sirvan una mesa con golosinas, dice una palabra amable a cada uno y se retira dejándolos radiantes.

¿Eso aumentó su felicidad? La esencial no. Ella sigue siendo la reina, la esposa del rey, en quien está toda su felicidad. Pero accidentalmente tuvo esa alegría. Así también las cosas de la tierra repercuten en el cielo.

Además, desde lo alto del cielo hasta la Santísima Trinidad, Nuestro Señor Jesucristo, Nuestra Señora, todos los Ángeles y santos, especialmente nuestros protectores, miran hacia el mundo y no solo asisten el desarrollo de la Historia, sino que nos ayudan con sus oraciones y luchan con nosotros. Los bienaventurados tienen un gran empeño en acompañar cómo el *lumen Christi* y las tinieblas del demonio progresan o retroceden en la faz de la tierra.

Esto es muy diferente a aquel hombre con el violín, sentado en la nube. Sin duda, este símbolo presenta un aspecto de la realidad, pero no



El Paraíso - Museo Metropolitano de Nueva York, EE.UU.

Gabriel K.



es toda la realidad. Hay que agregar ese otro aspecto para obtener una noción completa.

Expansión de la Santísima Trinidad en el Corazón de Nuestra Señora

Si pudiéramos ver la corte celestial así, con la posibilidad de luchar por los que están en la tierra, con esa militancia activa en nuestro favor a través de las oraciones, ¡cómo sentiríamos el cielo de una manera diferente!

Santa Teresita del Niño Jesús dijo: “Pasaré mi cielo haciendo el bien en la tierra”, y que descansaría sólo cuando el número de los que deben salvarse estuviera completo. Antes de eso, continuaría luchando y actuando en la eternidad. Es una hermosa expresión que muestra bien cómo hay un intercambio entre el cielo y la tierra.

Mientras tanto, alguien podría objetar: “Dr. Plinio, está bien, pero cuando finalice la tierra y todos estén en el cielo, ¡se acabó! Entonces todo quedará parado”.

Tenemos la narración de una visión de Santa Gertrudis¹ que nos ayuda a responder esta objeción.

Un día, como se cantaba durante el Oficio de Matinas el Ave María, Santa Gertrudis vio salir del Corazón del Padre Celestial, del Hijo y del Espíritu Santo, tres rayos que penetraron en el Corazón de Nuestra Señora, para de ahí regresar a la fuente que era la Santísima Trinidad.

Después del poder del Padre, de la sabiduría del Hijo y la ternura misericordiosa del Espíritu Santo, nada se compara con la ternura misericordiosa de María.

Santa Gertrudis entendió en la misma ocasión que esa expansión del Corazón de la Santísima Trinidad en el Corazón de Nuestra Señora se reproduce cada vez que un alma en la tierra recita devotamente el Ave María.

¡Vean el poder de una sola Ave María recitada en la tierra! Cada vez

Francesco Botticini (CC0.0)



Asunción de María Santísima al cielo
Galería Nacional, Londres

que, en un autobús, en medio de la contaminación, el desorden, los insultos, un joven recita devotamente el Ave María, la Santísima Trinidad, para glorificar a Nuestra Señora, emite un rayo de poder, de sabiduría y ternura en su Inmaculado Corazón. Y la Santísima Virgen tiene un transporte de alegría.

A fortiori, cuando un bienaventurado en el cielo alaba a Nuestra Señora hay un aumento en la comunicación de Ella con la Santísima Trinidad y una adición accidental de gozo, a través del cual entiende cómo todos los que están allí, en la medida en que se aman y se relacionan entre sí, aumentan su comunicación con

Dios. Hay, por lo tanto, una especie de interacción recíproca a la que se asocian las tres Personas Divinas, y en la que todos están actuando continuamente, y Dios, sin interrupción, coronando esa acción.

Este es el movimiento del cielo, a la manera de una inmensa, santísima e inocentísima política, en la que todos se esfuerzan sin cansancio, deliciosamente, por aumentar su propio deleite y el de los demás, y nadan, por así decirlo, en las gentilezas y la felicidad mutuas.

Cántico eterno

Desde este punto de vista, el paraíso celestial podría compararse



con una espléndida corte, nobilísima, perfectísima donde, cuando los cortesanos se encuentran, se inclinan profundamente uno ante el otro con todo el amor y se saludan. Al ver esto, el rey se regocija y les otorga un galardón. Entonces, ellos le agradecen y el monarca les da una nueva recompensa. Y así va, por las infinitudes, de premio en premio, según la iniciativa de cada uno, teniendo siempre una novedad y un aumento de algo, sobre todo, en el conocimiento de Dios.

Porque el Creador es infinitamente interesante, tiene una inteligencia esplendorosa, pero es dulce, afable, se hace de nuestro tamaño. Dios

tiene *charme* y lo que se podría llamar brío. Algo que Él expone tiene una vida, un encanto, que no podemos imaginar.

De hecho, Dios propiamente no habla, sino que muestra en su esencia todas las cosas. De modo que en el Creador, a lo largo de toda la eternidad, estaremos viendo diferentes aspectos y nunca acabaremos de conocerlo.

La Santísima Trinidad es para nosotros una novedad continua. Los Ángeles y los santos se cuentan mutuamente lo que vieron en Dios, porque ninguno observa exactamente lo mismo que el otro. Hay, por lo tanto, un inmenso e ininterrumpido “noti-

cio hablado” de las continuas novedades de Dios, que, además, no es hablado, sino cantado; y este es el cántico eterno del cielo que nos induce a un movimiento continuo, sin cansancio, que no necesita de reposo porque es en sí mismo movimiento y descansan al mismo tiempo.

¿No es verdad que con esto el cielo se vuelve más agradable para nosotros?

Entonces podemos imaginar el cielo como una corte, frente a la cual todas las cortes de la tierra no son nada. ¿Quién no querría entrar en la corte de San Luis IX, ser recibido como un guerrero venido de las cruzadas, trayendo como regalo al santo monarca una espina de la corona de Nuestro Señor Jesucristo? Entrar a caballo en el patio del castillo real, con espléndida armadura, portando un relicario de oro y cristal, se lo presenta al rey quien lo recibe benignamente y se arrodilla para besar la reliquia. Todos los cortesanos aplauden. Después de haber dejado la reliquia en manos del monarca, y habiéndonos inundado con su sonrisa y su grandeza y habernos concedido títulos, pasamos por las filas de los cortesanos que nos saludan y nos admiten como uno de ellos. ¿Quién no quisiera pasar por esta escena? Bueno, iesto es un exilio lleno de penumbra en comparación con el cielo!

Así podemos tener una idea de la corte celestial; es simplemente toda maravillosa, donde todos son desiguales, pero en la que solo hay príncipes; y todos estamos llamados a un principado de esta naturaleza.

He aquí una meditación sobre el cielo, para tratar de ayudarlos a desear conquistarlo. ❖

(Extraído de conferencia del 5/11/1974)

1) No disponemos de los datos bibliográficos de esta cita.



No tratemos a los lobos como ovejas perdidas



Flávio Lourenço

La imitación perfecta de Nuestro Señor no consiste únicamente en dulzura y en suavidad, sino en la energía contra los que son malos. El Divino Maestro se mostró perfecto y adorable tanto cuando acogía con perdón inefablemente dulce a un pecador, cuanto cuando castigaba con lenguaje violento a los fariseos.

La Doctrina de Nuestro Señor Jesucristo está llena de verdades aparentemente antagónicas que, sin embargo, examinadas con atención, lejos de desmentirse recíprocamente, recíprocamente se complementan, formando una armonía verdaderamente maravillosa.

Justicia y bondad divinas

Es el caso de la aparente contradicción entre la justicia y la bondad divinas. Dios es al mismo tiempo infinitamente justo e infinitamente misericordioso. Siempre que, para comprender bien una de estas perfecciones cerramos los ojos a la otra, habremos caído en un grave error.

Nuestro Señor Jesucristo dio en su vida terrena admirables pruebas de su dulzura y su severidad. No pretendamos “corregir” la personalidad de Nuestro Señor según la pequeñez de nuestras vistas y cerrar los ojos a la suavidad para edificarlos mejor con la justicia del Salvador; o, por el contrario, hacer abstracción de su justicia para com-



Chris Muiden (CC3.0)

El Buen Pastor.
Convento de Santa
Paula, Sevilla, España



Jesús comiendo en casa del fariseo Simón – Palacio de Versalles

prender mejor su infinita compasión hacia los pecadores.

Nuestro Señor se mostró perfecto y adorable tanto cuando acogía con perdón inefablemente dulce a María Magdalena, como cuando castigaba con lenguaje violento a los fariseos. No arranquemos del Santo Evangelio ninguna de estas páginas. Sepamos comprender y adorar las perfecciones de Nuestro Señor como ellas se revelan en uno y otro episodio. Y comprendamos, en fin, que la imitación de Nuestro Señor Jesucristo por nosotros sólo será perfecta en el día en que sepamos no sólo perdonar, consolar y acariciar, sino también el día en que sepamos flagelar, denunciar y fulminar como Nuestro Señor.

Hay muchos católicos que consideran los episodios del Evangelio en que aparece el santo furor del Maestro contra la ignominia y la perfidia de los fariseos como cosas indignas de imitación. Es lo que se desprende del modo con que ellos consideran el apostolado. Hablan siempre de dulzura y procuran siempre imitar esta virtud de Nuestro Señor. Que Dios los bendiga por eso. Pero ¿por qué no procuran ellos imitar las otras virtudes de Nuestro Señor?

Consideración unilateral de las parábolas

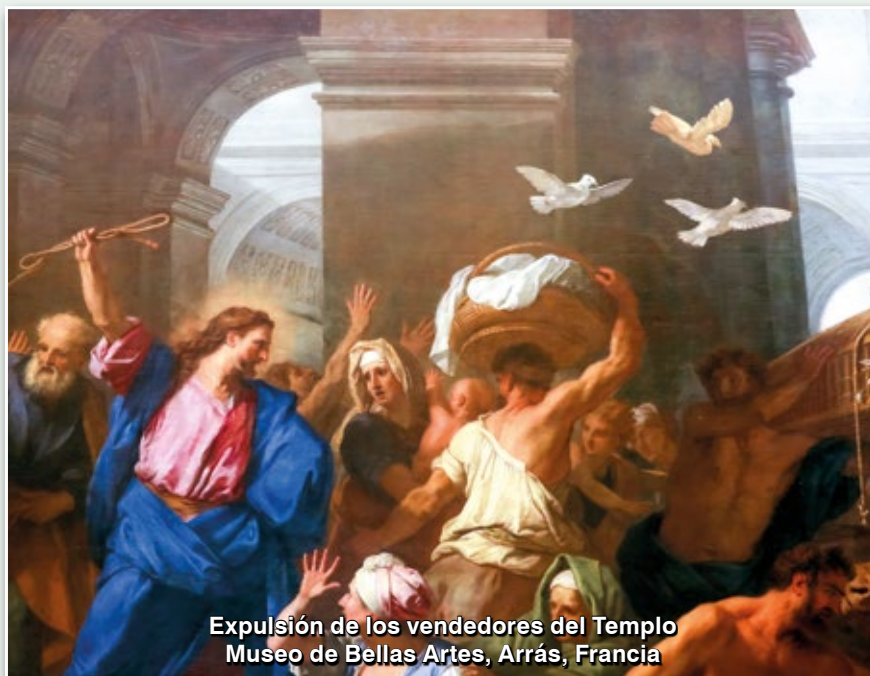
Muy frecuentemente, cuando se propone en materia de apostolado un acto de energía cualquiera, nuestra respuesta invariable es: sería necesario proceder con mucha blandura “a fin de no apartar todavía más a los descarriados”. ¿Se podrá sostener que los actos de energía tienen siempre el invariable efecto de

“apartar aún más a los descarriados”? ¿Se podrá sostener que Nuestro Señor, cuando dirigió a los fariseos sus invectivas candentes, lo hizo con la intención de “apartar aún más a aquellos descarriados”?

¿O por ventura se debería suponer que Nuestro Señor no sabía o no se preocupaba del efecto “catastrófico” que sus palabras causarían a los fariseos? ¿Quién osaría admitir tal blasfemia contra la Sabiduría Encarnada que fue Nuestro Señor?

Dios nos libre de preconizar el uso de la energía y de los procesos violentos como único remedio para las almas. Pero Dios nos libre también de proscribir estos remedios heroicos de nuestros procesos de apostolado. Hay circunstancias en que se debe ser suave y circunstancias en que se debe ser santamente violento. Hay siempre un grave mal en ser suave cuando las circunstancias exigen violencia o en ser violento cuando las circunstancias exigen suavidad.

Todo este orden de ideas unilateral que venimos denunciando proviene de una consideración también unilateral de las parábolas. Hay mucha gente que hace de la parábola de la



Expulsión de los vendedores del Templo Museo de Bellas Artes, Arrás, Francia



oveja perdida la única del Evangelio. Ahora bien, hay un error gravísimo que no debemos dejar de denunciar.

Nuestro Señor no nos habla solamente de ovejas perdidas que el pastor va a buscar pacientemente por el mundo de los abismos, ensangrentadas por las espinas en que lamentablemente se hirieron. Nuestro Señor nos habla también de lobos rapaces, que circundan constantemente el redil, al acecho de una ocasión para introducirse en él disfrazados con piel de oveja. Ahora bien, si es admirable el pastor que sabe cargar a los hombros con ternura a la oveja perdida, ¿qué decir del pastor que abandona las ovejas fieles para ir a buscar a lo lejos a un lobo disfrazado de oveja, que toma al lobo sobre sus hombros amorosamente,

te, abre él mismo las puertas del redil y con sus manos pastorales coloca entre las ovejas al lobo voraz?

¡Cuántos católicos, sin embargo, si diesen aplicación efectiva a los principios de apostolado unilateral que profesan, actuarían exactamente así!

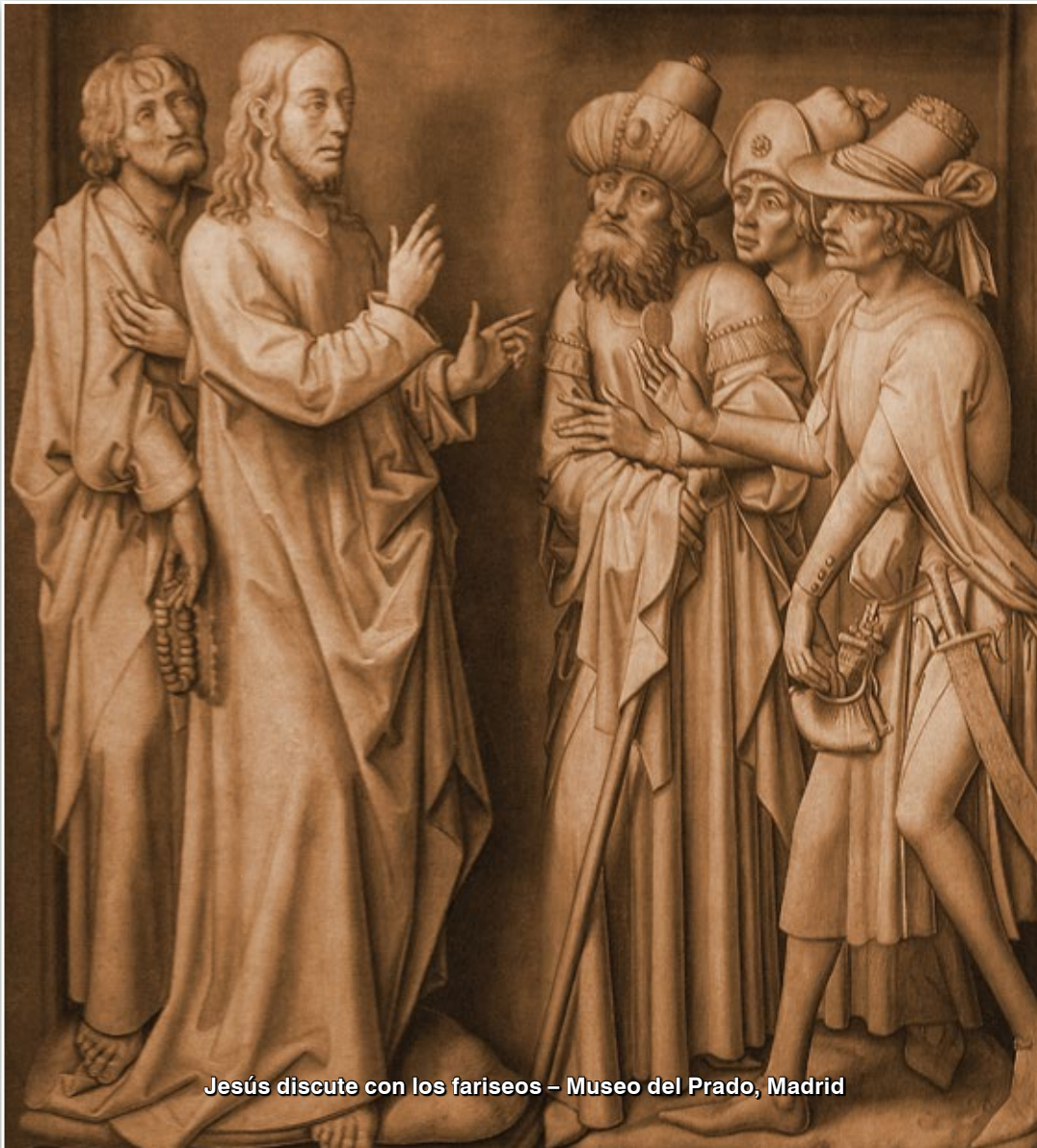
Energía contra los malos

Para que se comprenda mejor que la imitación perfecta de Nuestro Señor no consiste únicamente en la dulzura y en la suavidad, sino también en la energía, citaremos algunos episodios o algunas frases de ciertos santos. El Santo es aquel que la Iglesia declaró, con autoridad infalible, ser un imitador perfecto de Nuestro Señor. ¿Cómo imitaron los Santos a Nuestro Señor? Veamos.

San Ignacio de Antioquía, mártir del siglo segundo, escribió varias cartas a diversas Iglesias, antes de ser martirizado. En ellas hay, sobre los herejes, expresiones como éstas: “bestias feroces” (Efesios, 7); “lobos rapaces” (Filadelfios, 2, 2); “perros malditos que atacan traicioneramente” (Efesios, 7); “bestias con rostro de hombres” (Esmirnenses 4, 2); “hiervas del diablo” (Efesios 10, 1); “plantas parásitas que el Padre no plantó” (Traliano 11); “plantas destinadas al fuego eterno” (Efesios, 16, 2)

Este modo de tratar a los herejes, como se ve, seguía de cerca los ejemplos de San Juan Bautista que llamaba a los escribas y fariseos “raza de víboras”, y de Nuestro Señor Jesucristo que a los mismos apellidaba de

Samuel Holanda



Jesús discute con los fariseos – Museo del Prado, Madrid

“hipócritas” y “sepulcros blanqueados”.

Así también procedieron los apóstoles. Refiere San Ireneo, mártir del siglo segundo y discípulo de San Policarpo, el cual a su vez fue discípulo de San Juan Evangelista, que cierta vez, yendo el apóstol a los baños, se retiró sin lavarse, pues vio allí a Corinto, hereje que negaba la divinidad de Jesucristo, y con temor decía que temía que el edificio se viniese abajo, pues en él se encontraba un enemigo de la verdad. El mismo San Policarpo, se encontró un día con Marciano, hereje docetista. Marciano preguntó a San Policarpo si le conocía, y respondió el santo: “Sin duda, ieres el primogénito de Satanás!”

Así seguían el consejo de San Pablo: “Al hereje, después de una y dos advertencias, evítalo, pues ya es perverso y se condena por sí mismo” (Tit 3, 10-11).

El mismo San Policarpo, si casualmente se encontraba con un hereje, se tapaba los oídos y exclamaba: “Dios de bondad, ¿por qué me conservaste en la Tierra a fin de soportar tales cosas?” Y huía inmediatamente para evitar semejante compañía.

En el siglo IV, narra San Atanasio que San Antonio eremita llamaba en los discursos a los herejes de “venenos peores que el de las serpientes”.

Artículo de la *Civiltà Cattolica*

Y, en general, así era el modo como los Santos Padres trataban a los herejes, como se puede ver en un artículo publicado en la *Civiltà Cattolica*, periódico fundado por Su Santidad Pío IX y confiado a los padres jesuitas de Roma. En ese artículo se citan varios ejemplos que transcribiré:

“Santo Tomás de Aquino, presentado a veces como invariablemente pacífico hacia sus enemigos, en una de sus primeras polémicas con Guillermo de Santo Amor, que aún no esta-

ba condenado por la Iglesia, así lo trata a él y a sus secuaces: ‘enemigos de Dios, ministros del diablo, miembros del Anticristo, enemigos de la salvación del género humano, difamadores, sembradores de blasfemias, réprobos, perversos, ignorantes, iguales al Faraón, peores que Joviniano y Vigilancio (herejes que negaron la virginidad de Nuestra Señora)’. San Buenaventura a un contemporáneo suyo, Geraldo, llamaba: ‘protervo, calumniador, loco, envenenador, ignorante, embustero, malvado, insensato, pérfido’.

“El melifluo San Bernardo, respecto de Arnaldo de Brescia, que levantó un cisma contra el clero y los bienes eclesiásticos, dijo de él: ‘desordenado, vagabundo, impostor, vaso de ignominia, escorpión vomitado de Brescia, visto con horror en Roma, con abominación en Alemania, desdeñado por el Romano Pontífice, alabado por el diablo, obrador de iniquidades, devorador del pueblo, boca llena de maldición, sembrador de discordias, fabricante de cismas, lobo feroz’.

“Más antiguamente, San Gregorio Magno, reprendiendo a Juan, Obispo de Constantinopla, le lanza en rostro su profano y nefando orgullo, su soberbia de Lucifer, sus palabras necias, su vanidad, la escasez de su inteligencia.

“No de otra manera hablaron los Santos Fulgencio, Próspero, Jerónimo, Siricio Papa, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Gregorio Nacianzeno, Basilio, Hilario, Atanasio, Alejandro, Obispo de Alejandría, los santos Mártires Cornelio y Cipriano, Antenágoras, Ireneo, Policarpo, Ignacio Mártir, Clemente. En fin, todos los padres de la Iglesia que se distinguieron por su heroica virtud.



“Si se quisiere saber cuáles son las normas que dan los Doctores y teólogos de la Iglesia para las polémicas con los herejes, léase lo que trae el suave San Francisco de Sales, en la *Filotea*, cap. XX de la parte II: ‘Los enemigos declarados de Dios y de la Iglesia deben ser difamados tanto cuanto se pueda (desde que no se falte a la verdad), siendo obra de caridad gritar: ¡He ahí al lobo! cuando está entre el rebaño, o en cualquier lugar donde sea encontrado.’”

Hasta aquí las citas del artículo de la *Civiltà Cattolica*, vol. I, ser. V, p.27.

Si publicáramos contra los modernos enemigos de la Iglesia solo la mitad de lo que ha sido dicho ¡qué protestas, sin embargo, tendríamos que oír!

(Extraído de *O Legionário*, n. 472, 28/9/1941)



SANTORAL

1. Solemnidad de Todos los Santos.

Beato Rainerio de Arezzo, religioso (+1304). Religioso franciscano, admirable por su humildad, pobreza y paciencia. Falleció en Sansepolero.

2. Conmemoración de todos los Fieles Difuntos.

San Ambrosio, abad (+520). Transferido como abad para el monasterio de Saint-Maurice-en-Valais, Suiza, estableció allí la práctica de loor perpetuo.

3. San Martín de Porres, religioso (+1639).

Santa Silvia (+s. VII). Madre del Papa San Gregorio Magno, que, según el mismo Pontífice, alcanzó el más alto grado de oración y penitencia

4. San Carlos Borromeo, obispo (+1584).

San Félix de Valois, religioso (+1212). *Ver página 26.*



San Rafael de San José Kalinowski

5. San Bernardo Lichtenberg, presbítero y mártir (+1943). Párroco de la Catedral de Berlín, oraba públicamente por los judíos torturados y detenidos, por eso fue enviado al campo de concentración de Dachau, Alemania, y murió durante el viaje, después de mucho sufrimiento.

6. Domingo XXXVI del Tiempo Ordinario

San Esteban, obispo (+1046). Se destacó por su mansedumbre. Organizó dos peregrinaciones a Jerusalén y reconstruyó la Catedral de su diócesis, Apt, Francia.

7. Beato Antonio Balducci, presbítero (+1717). Jesuita que se dedicó totalmente a la predicación de misiones populares en Italia.

8. Beato Juan Duns Escoto, presbítero (+1308). Sacerdote franciscano oriundo de Escocia. Enseñó las disciplinas filosóficas en Cambridge, Oxford, París y Colonia, donde falleció.

9. Dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán.

Santa Isabel de la Trinidad Catez, virgen (+1906). Desde niña procuró en lo íntimo de su corazón el conocimiento y la contemplación de la Santísima Trinidad. A los 26 años falleció en el Carmelo de Dijon, Francia.

10. San León Magno, Papa y Doctor de la Iglesia (+461).

San Justo de Cantuaría, obispo (+c.627). Religioso Benedictino. Enviado por San Gregorio Magno a Inglaterra, para ayudar a San Agustín en la evangelización.

11. San Martín de Tours, obispo (+397).

San Teodoro Estudita, religioso (+826). Abad del Monasterio de Studión, Constantinopla, lugar de santos, sabios, y mártires de las persecuciones de los iconoclastas.



San Alberto de Lovaina

12. San Josafat, obispo y mártir (+1623).

San Margarito Flores García, presbítero y mártir (+1927). Preso y fusilado en Tulimán, México, por la única razón de ser sacerdote católico.

13. Domingo XXXVII del Tiempo Ordinario.

Beatos Pedro Vicev, Paulo Dzdizov y Josafat Siskov, presbíteros y mártires (+1952). Religiosos de la Congregación de los Agustinos de la Asunción. Fueron acusados de espionaje por un régimen de gobierno inhumano y hostil a la Religión, los hicieron prisioneros y los fusilaron en la ciudad de Sofía.

14. San Esteban Teodoro Cuénot, obispo y mártir (+1861). Obispo de la Sociedad de las misiones Extranjeras de París, enviado a Vietnam y, des-

Filívio Lourenço

* NOVIEMBRE *

pués de 25 años de apostolado allí, es martirizado y muerto en Binh Dinh.

15. San Alberto Magno, obispo y doctor de la Iglesia (+1280).

San Rafael de San José Kalinowski, presbítero (+1907). Después de muchos años de cautiverio y trabajos forzados en Siberia, recuperó la libertad e ingresó a la Orden Carmelita en Wadowice, Polonia.

16. Santa Margarita de Escocia, Reina (1903).

Santa Gertrudis, virgen (+1302).

Santa Inés de Asís, virgen (+1253). Hermana de sangre de Santa Clara, vivió junto a ella en el convento de San Damián. Fue de gran ayuda para Santa Clara en la expansión y consolidación de la obra.

17. San Isabel de Hungría, religiosa (+1231).

San Hugo de Novara, abad (+s. XII). Enviado por San Bernardo de Clairvaux, estableció la Orden Cisterciense en Sicilia y Calabria, Italia.

18. Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo, Apóstoles.

Beata Carolina Kózka, virgen y mártir (+1914). Siendo aún adolescente, estando en Wal-Ruda, Polonia, un soldado quiso abusar de ella y, por defender su castidad, la atravesó con su espada y murió.

19. Santos Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, presbíteros y mártires (+1628).

San Abdías, profeta. Después del exilio del pueblo de Israel, anunció la ira del Señor contra los pueblos enemigos.

20. Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

San Gregorio Decapolita, monje (+842). Fue cenobita, anacoreta y peregrino. Murió en Constantinopla, donde luchó a favor del culto de las imágenes sagradas.

21. La Presentación de la Santísima Virgen María en el Templo.

San Gelasio I, Papa (+496). Ilustre por su doctrina y santidad. Murió en extrema pobreza, a causa de su generosa caridad en socorrer las carencias de los indigentes.

22. Santa Cecilia, virgen y mártir (+s. inc.).

San Filemón de Colossos (+s. I). San Pablo, el Apóstol de los Gentes, le dirige una carta, donde elogia su amor a Cristo y su fe. Junto a San Filemón, se venera su esposa, Santa Apia.

23. San Clemente I, Papa y mártir (+s. I).

San Columbano, abad (+615). Se hizo peregrino para evangelizar las gentes de las Galias.

Santa Cecilia Yu So-Sa, mártir (+1839). Oriunda de Corea del Sur. Al quedar viuda fue privada de sus bienes, detenida y sometida a por lo menos 12 interrogatorios hasta morir, exhausta por los golpes y malos tratos.

24. San André Dung-Lac, presbítero, y 116 compañeros, mártires (+1625-1886).

San Alberto de Lovaina, obispo y mártir (+1192). El mismo año que fue ordenado obispo de Lieja, actual Bélgica, fue asesinado por sicarios del rey, por defender la Iglesia.

25. Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir (+s. inc.).

26. San Leonardo de Puerto Mauricio, presbítero (+1751). Sacerdote franciscano. Fue predicador durante casi toda su vida, realizó más de trescientas misiones apostólicas en Roma, la isla de Córcega y toda la Italia septentrional. Autor de varios libros de piedad.

27. I Domingo de Adviento.

San Virgilio, obispo (+784). De origen irlandés, muy apoyado por el Rey Pepino, hombre de vasta cultu-

ra, fue nombrado para dirigir la Iglesia de Salzburgo, Austria. Construyó la Catedral de San Ruperto.

28. Santa Teodora, abadesa (+980). Discípula de San Nilo, el Joven, y maestra de la vida monástica, cerca de Rossano, Italia.

San Germán, abad (+s. XI). Insigne por su amor a la soledad. Fundó y dirigió el priorato de Talloires, Francia.

29. Santiago de Sarug, obispo (+c. 521). Junto a San Efrén, los fieles sirios lo veneran como doctor y columna de la Iglesia.

30. San Andrés, Apóstol.

San José Marchand, presbítero y mártir (+1875). Sacerdote de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. En tiempos del emperador Minh Mang, fue condenado al suplicio de los cien azotes en la ciudad de Hué, Vietnam.



Flavio Laurentino

San Alfonso Rodríguez



San Félix de Valois - Santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta - Murcia, España

Cantó con Nuestra Señora y los Ángeles

En el convento de Cerfroid, en el cual San Félix de Valois era Superior, cierta mañana un hermano se olvidó de tocar las Maitines. El hombre de Dios fue entonces al coro para hacer los arreglos necesarios y vio a Nuestra Señora sentada en un magnífico trono, y los Ángeles en los sitiales. Todos llevaban el hábito de su Orden y comenzaron a cantar. Con serenidad, él mezcló su canto con esas voces celestiales.

San Félix de Valois, de la familia real francesa, fundó con San Juan de Mata la Orden de los Trinitarios para el rescate de los cautivos. La forma en que vivían y eran tratados los cautivos nos explica bien por qué se fundó una Orden religiosa especialmente para este propósito.

La liberación de los cautivos buscaba rescatar principalmente a los hermanos en la fe

Un reino mahometano no era propiamente un Estado organizado co-

mo nosotros lo concebimos. Quien ve esos palacios, como La Alhambra, por ejemplo, piensa que los reyes vivían allí con un mínimo de decencia inherente a la praxis de todo estado organizado, con una sucesión dinástica regular. De hecho, se trataba de una especie de estado-bandido que vive, como los bárbaros, en una lucha habitual de saqueos y pillajes contra quien no fuese de ellos, y muchas veces entre ellos mismos también.

De manera que cada uno de aquellos reinos, como el de Granada, no poseía una verdadera élite y consti-

tuía, hasta cierto punto, una especie de guarida de bandidos que vivían de la piratería por mares y tierras, con el robo como fuente habitual de ingresos y la captura de cautivos como una forma de conquistar mano de obra e infundir terror en el adversario.

Nótese el paralelismo: en el lado católico el prisionero de guerra era mucho mejor tratado que en el lado musulmán. Así que, cuando estaban en guerra, los católicos luchaban en inferioridad de condiciones, porque los moros tenían menos miedo de ser presos que los cristianos, que, de ser cap-

turados, serían pésimamente tratados al llegar a la zona mahometana.

A veces los prisioneros importantes eran desfigurados, horriblemente maltratados, muertos y, con demasiada frecuencia, moralmente corrompidos. Por lo tanto, también era una situación miserable desde el punto de vista moral.

Así que la idea de liberar a los cautivos tenía la intención de rescatar a los hermanos en la raza, pero especialmente los hermanos en la fe. Era mucho más para salvar de los peligros del alma que de los tremendos riesgos del cuerpo. Flotaba sobre toda la población una inquietud: la eterna pérdida de los que habían sido encarcelados por los mahometanos.

Miseria del mundo actual: pactar con los regímenes perseguidores de los católicos

A menudo, liberar a los cautivos era una de las razones de las expediciones católicas en contra de los musulmanes. Los cristianos que participaban en ellas ponían en riesgo sus vidas, su libertad y, de alguna manera, su propia salvación eterna, porque también podrían ser presos al intentar rescatar a sus hermanos en la fe.

Había algunos que no partían en expedición, pero pedían limosnas para pagar el rescate de los cautivos. En fin, se trabajaba constantemente con esta intención de liberar a los cristianos capturados por los moros.

La idea de que una parte de la cristiandad estaba sujeta al régimen pagano, a todos los sufrimientos y peligros del cautiverio entre los paganos, generó entre los católicos una inmensa compasión, un inmenso celo por la salvación de esas almas y un gran sentido del honor cristiano.

Como siempre ha sucedido en la historia de la Iglesia, cuando hay una gran necesidad en la Esposa Mística de Cristo, la Providencia suscita una Orden religiosa para ayudarla, que es, al mismo tiempo, una familia de almas y un nuevo instrumento de acción.

San Félix de Valois emergió, por lo tanto, como uno de los santos que encarnaba este ideal, que sentía el problema con toda la energía de las gra-

cias sobrenaturales que recibió para esto y, por así decirlo, polarizó esta preocupación extendida por todo el cuerpo social, llamando a sí el encargo de la fundación de esa Orden.

La Orden de la Santísima Trinidad se hizo famosa y realizó una obra prodigiosa, actuando hasta el final del siglo XVIII.

Las naciones árabes del norte de África perdieron cualquier posibilidad de hacer nuevos cautivos, y esta Orden religiosa se llenó de gloria.

Llamo la atención sobre el contraste entre la actitud de los católicos de la época de San Félix de Valois frente a los cautivos, y la indiferencia reinante en nuestros días ante los miles de católicos que sufren persecución —a menudo tan brutal como otra— por querer permanecer fieles a su fe.

Casi nadie se molesta con eso. No se tiene celo o deseos de combatir. Peor aún, hay una especie de apatía por ceder, de pactar con regímenes que promueven tal persecución. Comprendemos, entonces, la miseria que se apoderó de la Cristiandad.

Resucitó un joven príncipe

Respecto a San Félix de Valois, tenemos los siguientes datos biográficos extraídos del libro *Vida de los Santos*, del Abbé Daras:

San Félix de Valois fue grande por su nacimiento y aún mayor por sus virtudes. Su padre era Conde de Vermandois y de Valois, hijo del duque de Francia



Misa de la Fundación de la Orden de los Trinitarios
Museo del Louvre, París

Louvre (CC0)



y nieto de Enrique I, rey de Francia. Su madre era la hija de Thibaud III, llamado El Grande, Conde de Blois y Champagne.

En el tiempo de la gestación, su madre hizo una novena a San Hugo, Obispo de Rouen. El último día de la novena, estando de rodillas ante el altar del santo prelado, se durmió y vio en un sueño a la Santísima Virgen María sosteniendo a su Divino Hijo en sus brazos. A su lado había otro niño, hermoso y elegante. Nuestro Señor llevaba una cruz sobre sus hombros y el otro niño sostenía una corona de flores en sus manos. Entonces hicieron un intercambio: Nuestro Señor dio su cruz al niño, que le dio la corona.

La princesa buscaba entender el sentido de la visión cuando San Hugo se le apareció y le dijo: “Este niño que no conocías es tu hijo, que cambiará las flores de lis de Francia por la cruz de Jesucristo y la compartirá contigo, para que ambos se asemejen a Jesús Crucificado”.

De hecho, el niño dividió la cruz en dos partes, regalando una a su madre y guardando la otra consigo.

Después de la muerte de su madre, San Félix fue llamado a la corte don-

de tomó la cruz para acompañar al rey en una Cruzada. Un día que estaba haciendo ejercicio en un torneo con el príncipe, éste se cayó de su caballo. El santo corrió hacia el lugar, tomó la mano del cadáver y le dijo: “En nombre de la Santísima Trinidad, ¡levántate!” En el mismo instante, el joven se levantó con vida.

Unión del coraje militar a la modestia del religioso

Durante la Cruzada, San Félix dio muestra de su valor y virtud. Mantuvo la vida austera de Claraval, en medio del campo de lucha, uniendo la modestia y el coraje militar con la modestia y la discreción de los religiosos. Se distinguió en todas las batallas de las que tomó parte y, cuando regresó a París, se entregó a Dios. Aunque era uno de los herederos más cercanos del rey, realmente cambió la flor de lis por la cruz y se hizo religioso.

Después de la fundación de la Orden de los Trinitarios para la redención de los cautivos, San Félix fue encargado de la dirección de un convento. Instruidos por su palabra y sus

ejemplos, los religiosos llevaron una vida ejemplar, de tal manera que la Santísima Virgen y los Ángeles se dignaron honrar con su presencia a este monasterio.

En cierta víspera de la natividad de Nuestra Señora, habiéndose el sacristán olvidado de tocar las Maitines, San Félix bajó al coro para preparar lo que era necesario. Pero ya lo encontró ocupado por los Ángeles, vestidos con el hábito de su Orden. La Santísima Virgen, también de hábito, sentada en un trono, presidía esa asamblea. Parecía que estaban esperando al Santo para comenzar los Maitines, porque nada más entrar éste la Santísima Virgen entonó la antífona, que fue continuada por los Angeles con una armonía incomparable. Y San Félix cantó con los Ángeles. Cuando la visión desapareció, el santo quedó con el rostro inundado de magnífico esplendor.

La Santísima Virgen entonó la antífona

¡Qué escena maravillosa! ¡Un convento con tanto fervor donde se da tal gloria a Dios que un día, por



La Alhambra, Granada

un designio divino, un hermano se olvida de tocar las Maitines y la Providencia permite eso para operar una maravilla mayor!

Los Ángeles vestidos de religiosos llenan los sitios del coro; ¡Nuestra Señora, sentada en un magnífico trono, canta la antífona y todos los espíritus celestiales cantan! ¡San Félix de Valois llega allí y, en lugar de asombrarse y perder la cabeza, mezcla su canto con el de los Ángeles y la Santísima Virgen!

Esta fue la culminación de la vida de este príncipe, toda ella constante de una serie de hechos tan bellos que daba para hacerse con ellos un verdadero collar formado por placas de esmalte, en las que cada uno reprodujese uno de estos episodios. Tendríamos así uno de los collares más bellos de la historia, ide tal manera su vida fue maravillosa!

Nos encontramos en esta narración con el misterio de la predestinación.

Antes de que naciera el príncipe, la Providencia había resuelto hacer de él una verdadera maravilla. De ahí ese admirable sueño que su madre tuvo, en el que aparecen el príncipe, el Niño Jesús y Nuestra Señora, y se le explican a la madre las relaciones que existirían entre el Divino Niño y San Félix.

Más tarde lo vemos como un luchador, como un gran guerrero, y luego como un religioso que renuncia a todas las cosas de la tierra para ocuparse sólo con los asuntos religiosos. Y finalmente, después de todo, este tipo de glorificación en la Tierra, que es la entrada de María Santísima y de los Ángeles en su convento para junto a él glorificar a Dios.

El Reino de María será mil veces más esplendoroso

De cada una de estas cosas se podría hacer un bello vitral o un esmalte maravilloso, constituyéndose una



El Dr. Plinio en 1964

biografía de las más bonitas que se puedan concebir.

En última instancia, esta biografía significa lo siguiente: la Edad Media, dando mucha gloria a Nuestra Señora, quien, contenta con esta época histórica, multiplica las maravillas para manifestar lo satisfecha que estaba. Este es uno de esos géneros de prodigios en serie, hechos para expresar la alegría de María Santísima.

Debemos detenernos embebidos en la contemplación de estos hechos, porque así entendemos lo que es la misericordia de Dios y de cuántos esplendores es capaz la civilización cristiana. Si estos episodios tuvieron lugar en la Edad Media, ¿qué maravillas veremos en el Reino de María, que será incluso superior a esa época histórica?

Por lo tanto, comprendemos que todo el sudor, la sangre y las lágrimas que derramamos hoy para ins-taurar el Reino de María en la Tie-

rra, son muy bien recompensados. Cuando contemplemos esa época histórica futura y descubramos cosas aún más bellas que las de otrora, y pensemos que la Providencia quiso servirse de nosotros para poner fin a estos horrores contemporáneos, para que venga esa era de maravillas, entonces podremos decir, parafraseando a Job: “Bendito el día que me vio nacer, benditas las estrellas que me vieron pequeñito, bendito el momento en que mi madre dijo: nació un hombre!”

De hecho, cada uno de nosotros podrá decir eso, pues, por el auxilio de Nuestra Señora, habremos derribado toda la ciudad de la iniquidad y habremos hecho nacer el Reino de María, mil veces más espléndido que estas bellezas que acabamos de considerar. ❖

(Extraído de conferencias del 20/11/1964 y 19/11/1965)



Contrarios armónicos en la arquitectura oriental

Los contrarios armónicos de las construcciones orientales parecen indicar que no fueron pensados de una sola vez. Una generación construyó una torre; más tarde surgió el deseo de satisfacer algo brotado del fondo del alma y se añadió una cúpula. El resultado final es algo mítico, propio a lo oriental.

Al analizar el Taj Mahal, tengo la impresión de que sería necesario distinguir, nunca separar – porque quedaría un monstruo– dos elementos en los cuales se realiza un equilibrio prodigioso: las partes laterales y la línea constituida por la cúpula y por el cuerpo central, destacado por las dos torrecitas. Me pa-

rece indispensable considerar las partes aisladas para comprender el todo.

Contrarios armónicos del Taj Mahal

Hay un aspecto interesantísimo y muy bonito que es el siguiente: a primera vista, en la parte central está el pe-

so. Sin embargo, existe un juego ambivalente por el cual, al mismo tiempo en que, visto de un lado, el conjunto parece leve, considerado por otro prisma se trata de un “cupulón” pesado, de aplastar. ¿Cómo hacer para que un cuerpo de edificio cargue esa cúpula pesada no sólo manteniendo cierto aire de levedad, sino dando la impresión de que la cúpula está en suspenso y no achata?

La enorme puerta que tiene cualquier cosa de ojival y de ahuecado –el elemento ahuecado posee un enorme papel en eso– sostiene la cúpula en un equilibrio perfecto. De manera que no se puede decir que quede propiamente leve, sino que no se percibe el peso. Cuando el “globo” impulsa hacia arriba, la puerta y todo lo demás quedan elevados. En ese sentido hay entre lo leve y lo pesado una especie de juego sumamente bien puesto y que da la idea de armonía, a mi ver expresada en los siguientes términos: estabilidad armónica perfecta, porque imponente y leve. El conjunto gana mucho en expresión con las torrecitas laterales, que constituyen una especie de *analogado primario*¹ en relación a la cúpula central, pero tienen por *analogados primarios* los altos de los minaretes laterales, los cuales son mucho más pequeños en relación a las torrecitas, y estas, a su vez, son pequeñas en relación a la cúpula del centro. Tal graduación ayuda a dar la ilusión de levedad.

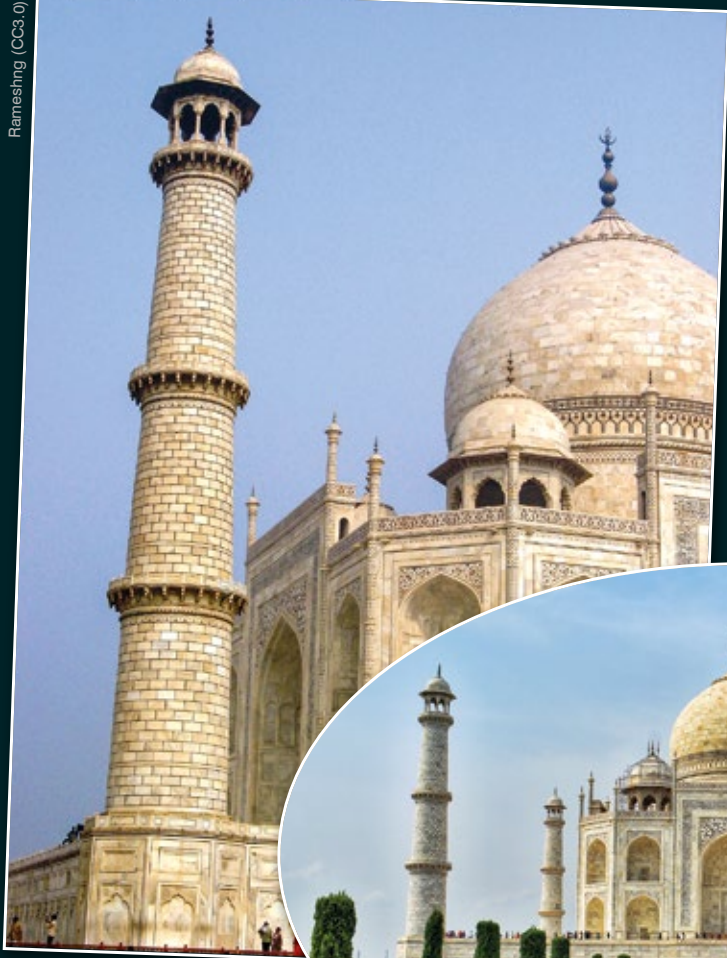
Ésta es la simetría de los contrarios armónicos. La genialidad del artista original consiste en inventar una forma de oposición en la cual nadie pensó, pero que no resulta en ningún monstruo a la manera del arte moderno. Ten-



MANISH G. CHAUHAN (CC3.0)



Adithya0376 (CC3.0)



Rameshng (CC3.0)

se desea, algo de ese contrario armónico puede ser puesto en un objeto colateral análogo. Porque, para la mirada humana, ellos forman un solo conjunto.

En el Taj Mahal, en un primer momento, sorprende un poco tanto el tamaño de la cúpula cuanto el de la puerta. Seríamos llevados casi a decir: “Exageraciones armónicas”. No obstante, lo que me parece genial es cómo el arquitecto logró dar al rectángulo tanta fuerza que, ahuecándolo, restableció la levedad. El ahuecado es muy oriental, misterioso, casi como una mirada. Está muy bien hecho.

Feudalidad expresada en las torres de las construcciones rusas

Es interesante notar la reversibilidad entre los principios arquitectónicos y las relaciones humanas.

En el orden civil monárquico bien constituido, la aristocracia es un elemento más importante que la monarquía.



Sujith Naik (CC3.0)

ga genio, haga algo que saque de ese *mare magnum* de posibilidades de los contrarios armónicos una belleza nueva y no sea cretino.

La unidad artística y lo contrario armónico

De esto se desprende un principio muy curioso: cuando queramos dar a un determinado elemento una expresión a la cual no se presta —en este caso, la de levedad—, si colocamos a su lado algo análogo dotado de esa expresión, todo se manifiesta en el espíritu humano en un todo único.

En ese sentido, los micro-minaretes ejercen un papel importante. Es un juego de analogías de lo menor para lo mayor cuya relación se explica en el todo, en que cada elemento hace más leve al otro, abriéndose para lo infinito.

Además, hay un principio de analogía por el cual, siempre que en una determinada línea o unidad artística no se logra colocar el contrario armónico entero como



Sunibihar (CC3.0)

Con todo, en el orden eclesiástico se da lo contrario: la monarquía es un elemento más importante que la aristocracia.

¿No habría una contradicción en eso? No, porque la Iglesia tiene una naturaleza tal que ella abarca el conjunto de todas las almas bautizadas del mundo, y no habrá nunca un Estado que abarque todas las almas del mundo. La esfera temporal, como un orden más bajo, pide que se haga una especie de federación que la espiritual no comporta. De donde un Sacro Imperio, por ejemplo, constituyó una federación de federaciones.

Cuanto más pienso en el feudalismo, más me convengo que su debilitamiento comenzó a partir del momento en que los feudos más grandes comenzaron a absorber a los más pequeños. La plenitud de fuerza y de vida del feudo pequeño es la base viva del sistema feudal. Donde si tal señor feudal tiene dos mil castillos, ya se trata de un feudalismo muerto. Él puede incluso federar bajo su autoridad dos mil feudos vivos, pero solamente en la medida en que no los absorba.

En ciertas construcciones rusas notamos mucho esa unidad feudal. Cada torre es figura ardiente de vitalidad

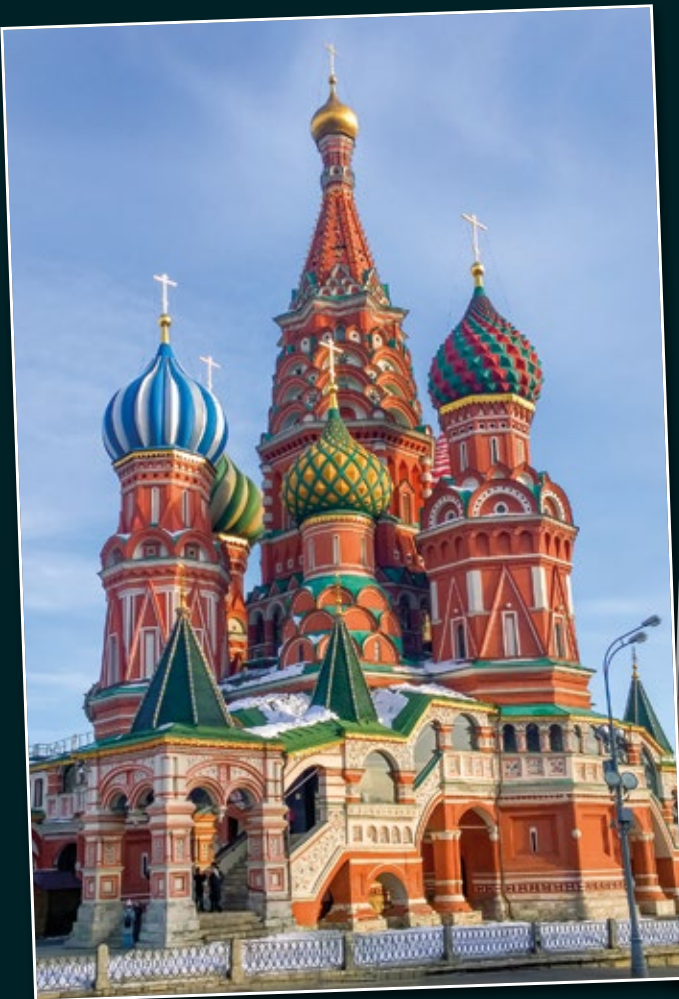
propia y, es curioso, parece ignorar completamente a la otra. Se tiene la impresión de que están ciegas una en relación a la otra, y sólo se explican de lo alto de un cono o del fondo de una distancia de la cual son vistas juntas. Entonces se esclarecen fabulosamente, y los contrarios armónicos se afirman, primeramente, entre la cúpula y la base en cada una de ellas, y después ellas entre sí. Cada una es, hasta cierto punto, el contrario armónico de la otra.

Toda la gloria y riqueza se encuentran en las cúpulas

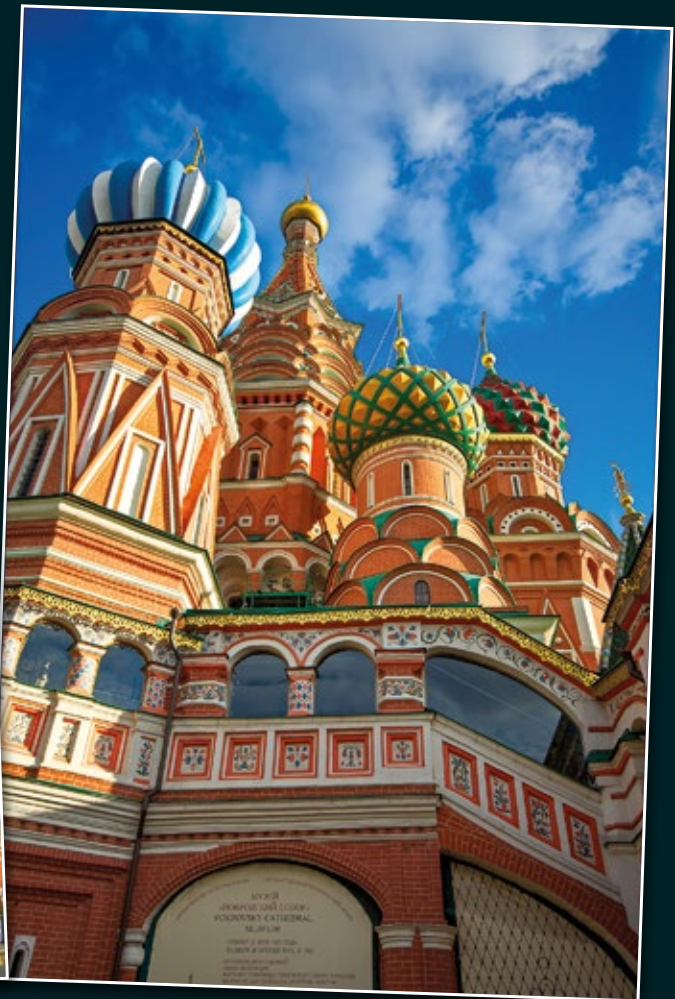
A mi ver, el auge del estilo ruso es la Catedral de San Basilio, donde la tal simetría de los contrarios armónicos se afirma mucho más ricamente que en otros edificios rusos, en los cuales a veces, hay una igualdad empujadora entre una torre y otra.

Sin embargo, incluso en esas construcciones, el juego de los contrarios armónicos, de las trascendencias, aparece en esto: ora una torre trasciende a otra por analogía, ora por contrariedad. Ese juego de la analogía y de

Alexander Patrikeev (CC3.0)



Uwe Brodrecht (CC3.0)





la contrariedad está siempre presente, inclusive cuando hay una torre central más noble, con la cúpula dorada, que supera a las circundantes.

En muchos de esos edificios toda la gloria y la riqueza de la construcción se encuentran en las cúpulas coloridas, en las cuales se ven estrellas que, aunque no estén lanzadas enteramente al azar, tampoco están dispuestas en línea recta. Otras cúpulas están elaboradas de tal modo que se vuelven sumamente visibles cuando los rayos del sol inciden sobre ellas, pero que debido a su material y colorido, en ciertos momentos parece que la cúpula se diluye en el cielo, formando una especie de cuerpo etéreo de materia medio sólida, medio gaseosa, encimada por una cruz y terminando en un sueño.

El oriental no planea todo ya, crea al acaso

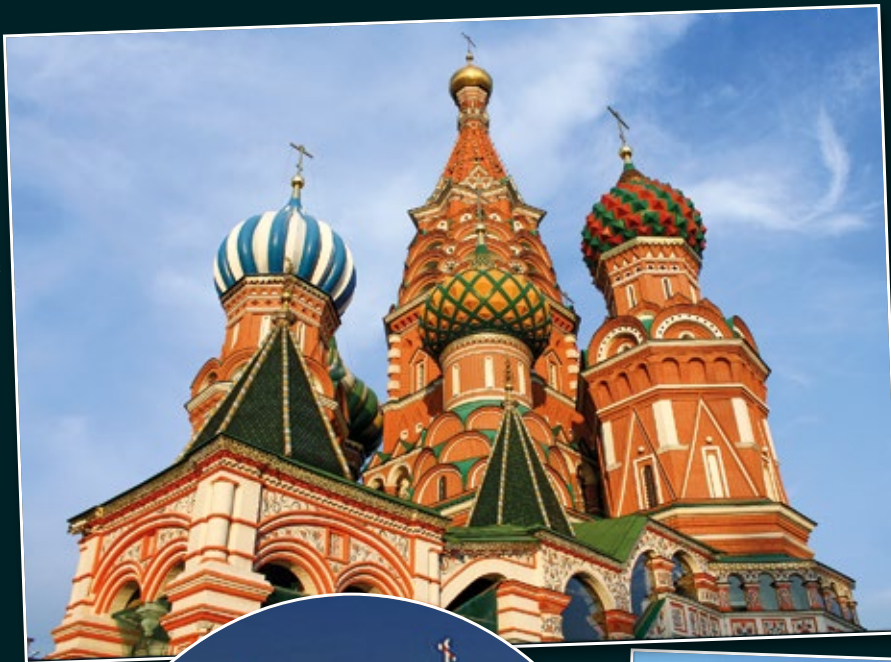
Se tiene la impresión de que una maravilla de esas no fue planeada de una vez, sino poco a poco. El arquitecto dice: “Qué interesante sería hacer una torre con una cúpula verde...” Y hace la torre. Después de haberla hecho, el mismo provee al proyecto de un contrario armónico para satisfacer otra apetencia de la propia alma. Generaciones después, un artista, a fuerza de contemplar, piensa: “Sería interesante tal detalle así para equilibrar esa catedral...” Y lo pone. Cada generación va enriqueciendo y embelleciendo aquella obra de arte. A mi ver, si no hubiese caído el régimen zarista y no hubiera entrado aquella rigidez del absolutismo, habría otros edificios que poco a poco irían siendo compuestos así.

Entonces, si se tratara de un arquitecto católico, construiría, por ejemplo, una capillita a Nuestra Señora de Fátima que tendría un contrario armónico enteramente sorprendente, con un nicho allí cerca. Después, habría gran popularidad en torno de esa capillita, y otro arquitecto abriría una especie de concavidad en la torre para que entren todos los fieles... Y así, cada uno haría el contrario armónico de lo que fue elaborado en la generación anterior. De un modo medio sorprendente, a medida que las almas fuesen sintiendo la necesidad de poner contrastes armónicos.

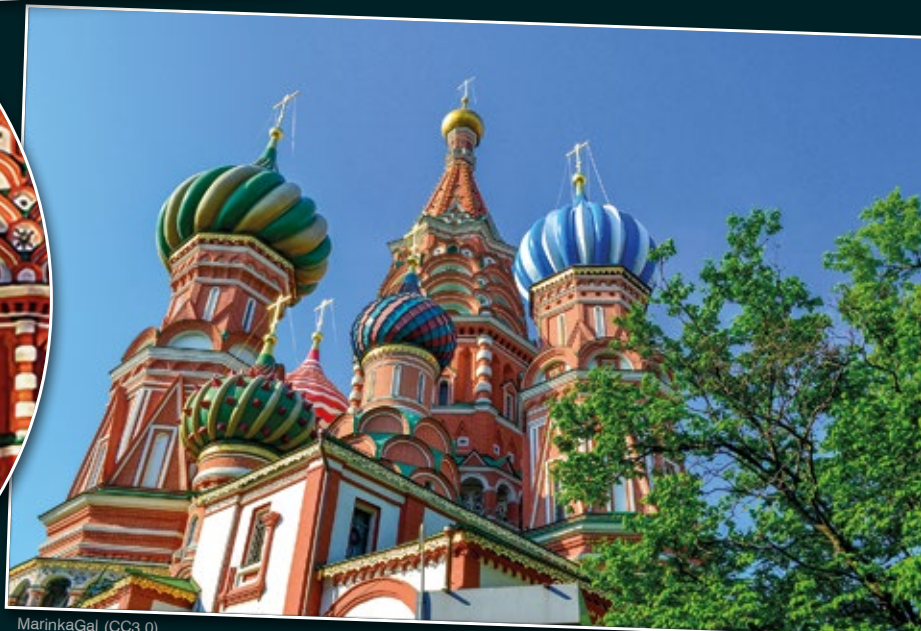
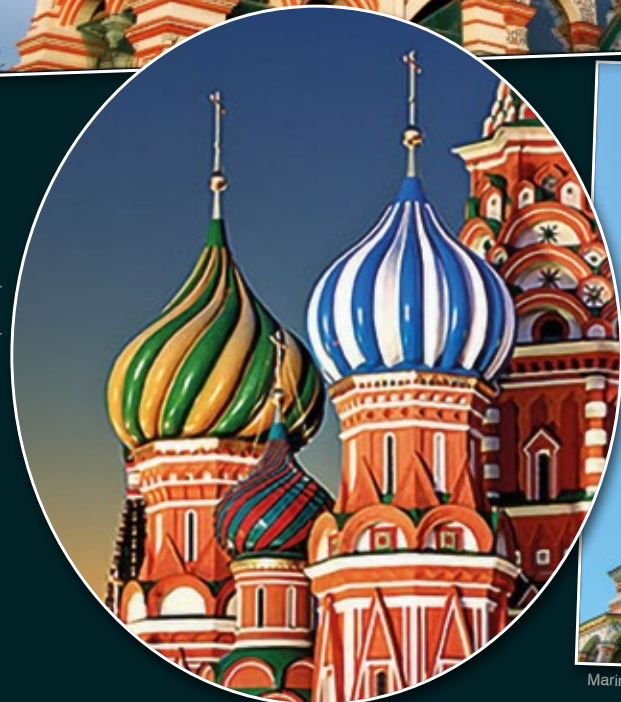
(Extraído de conferencia del 2/10/1974)

1) Semejanza de un elemento a otro que camina hacia un absoluto.

Mario Modesto Mata (CC3.0)



Julius Silver (CC3.0)



MarinkaGal (CC3.0)



Océano de gracias

Nuestra Señora es verdaderamente un océano de gracias. Como el mar está para las otras aguas, así se encuentra María en relación a los otros hombres, por la abundancia e inmensidad de dones celestiales con que fue enriquecida por Dios.

Mirando la realidad desde otro aspecto, así como todas las aguas, en último análisis, corren para el gran océano, también todas las gracias confluyen para la Santísima Virgen y nos son concedidas por su intercesión.

(Extraído de conferencia de enero de 1966)